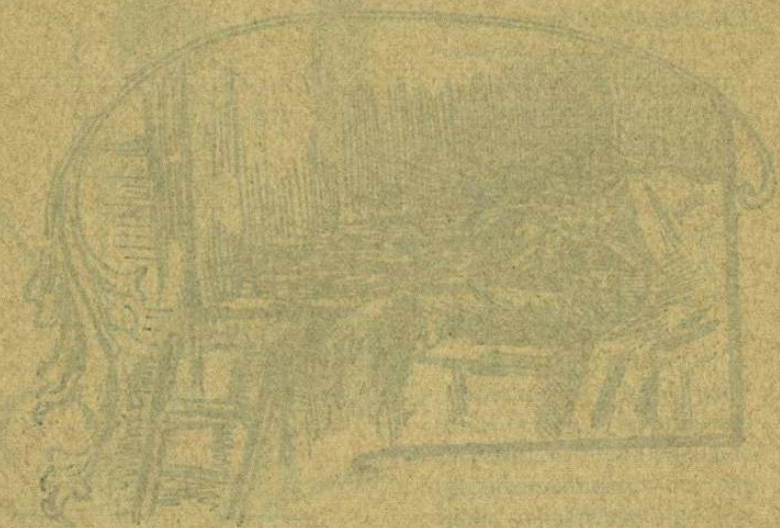


Fedor no tenía familia; era de muy lejos. Al otro día lo enterraron en el cementerio nuevo, detrás del bosque, y Natasia, durante muchos días, fué contando á todo el mundo su sueño, diciendo que había sido la que primero había adivinado la muerte del tío Fedor.



III

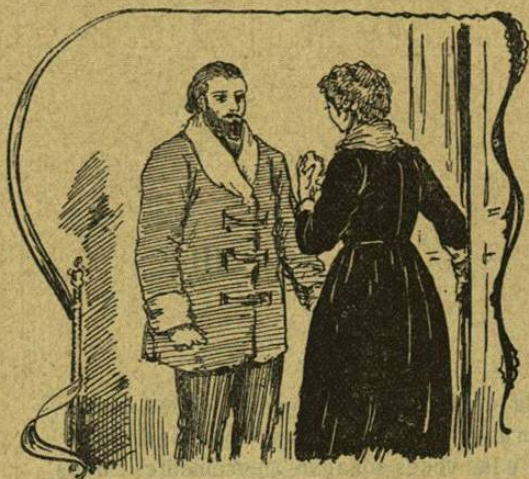
ERA la primavera. En la ciudad, por las húmedas calles, pequeños riachuelos murmuraban entre los sucios témpanos de hielo. Los vestidos eran claros y las voces sonaban alegremente. En los jardines, á lo largo de las avenidas, empezaban á brotar las primeras hojas y las ligeras ramas balanceábanse al impulso de un viento fresco. Por todas partes se deslizaban y caían trasparentes gotas... Los gorriones piaban y revoloteaban con sus diminutas alas. Del lado del sol, tras las avenidas, las casas, los árboles, todo se alegraba y brillaba. En el cielo, en la tierra y en el corazón del hombre todo era alegre y risueño.

En una de las principales calles, cabe la puerta de un palacio, veíase un poco de paja esparcida por el suelo. Habitaba en ese palacio aquella misma enferma, aquella moribunda que tanto se apresuraba para ir al extranjero.

Cerca de la puerta cerrada de su habitación, estaban el marido y una mujer de edad. El sacerdote sentado en un diván, con la mirada baja, tenía entre sus manos un objeto cubierto con la estola. En un rincón, una mujer anciana, la madre de la enferma, echada en un sillón lloraba amargamente. Cerca de ella, una doncella tenía en la mano un pañuelo, esperando que se lo pidiese. Otra frotaba las sienes de la anciana soplándole la cabeza por debajo de la cofia.

—Que Cristo os ayude, prima mía!—decía el marido á la mujer de edad que estaba de pie cerca de la puerta.—Tiene tanta confianza en vos y le sabéis hablar de tal manera! Exhortadla bien, consuelo mío, andad.

El marido fué á abrirle la puerta, pero la mujer le contuvo, llevóse diferentes veces el pañuelo á los ojos y sacudió la cabeza.



—Ahora no creo que se conozca que hellorado?—y abriendo la puerta, penetró en la otra estancia.

El marido estaba emocionadísimo y parecía muy quebrantado. Dirigióse hacia la anciana, pero antes de llegar á ella, volvióse y se acercó al sacerdote. Este, después de mirarle, levantó los ojos al cielo y suspiró.

—Dios mío! Dios mío!—dijo el marido.

—Qué le vamos á hacer?—repuso con un suspiro el sacerdote, levantando y bajando de nuevo su mirada.

—Su madre que está aquí no podrá soportarlo!—dijo el marido desesperado.—Amarla cómo la amaba! Oh! no sé... Probad de calmarla, padre, rogadle que se vaya de aquí.

El sacerdote se levantó, acercándose á la anciana.

—Es verdad; nadie puede apreciar el corazón de una madre,—dijo.—Sin embargo, Dios es misericordioso.

De pronto, la cara de la anciana se contrajo á causa de un ataque que le dió de hipo histérico.

—Dios es misericordioso,—continuó el sacerdote cuando se hubo calmado un poco.—Os diré que en mi parroquia había un enfermo que estaba peor que María Dmitrievná. Pues bien, un simple tendero le ha curado en poco tiempo con unas hierbas, y ese hombre está en Moscova. Ya se lo he dicho á Vassili Dmitrievitch.

á lo menos se podría ensayar, sería un consuelo para la enferma. Todo es posible, Dios mío.

—No; está perdida!—dijo la vieja.—En vez de tomarme á mí, es á ella la que quiere Dios.—Y habiéndole vuelto los hipos histéricos con más frecuencia, perdió el conocimiento.

El marido ocultó la cara entre sus manos y salió de la estancia. La primera persona que encontró en el pasillo, fué á su hijo de diez años, que corría para alcanzar á su hermanita.

—Qué?... no ordenáis que lleven á los niños para que vean á su madre?—preguntó la vieja criada.

—No, no quiere verlos, eso le molesta.

El niño paróse un momento mirando fijamente á su padre; y seguidamente saltando y dando alegres gritos alejóse.

—Este es el caballo negro, papá,—gritó mostrando á su hermana.

Al propio tiempo, en la habitación contigua, estaba ya la prima sentada cerca de la moribunda y con una conversación hábilmente dirigida, se esforzaba en prepararla á la idea de la muerte. El doctor, cerca de la otra ventana, preparaba una poción.

La enferma, con un camisolín blanco y rodeada de almohadones, estaba sentada en la cama, mirando en silencio á su prima.

—No, amiga mía,—dijo interrumpiéndola.—No me preparéis. No me consideréis como una niña. Soy cristiana, lo sé todo, sé que no viviré mucho tiempo; sé que si mi marido me hubiese escuchado antes, estaría ahora en Italia, y es casi seguro que estaría curada. Todo el mundo se lo decía; pero, qué le vamos á hacer, evidentemente ésta es la voluntad de Dios. Todos somos pecadores, ya lo sé, pero espero que con la gracia de Dios todo me será perdonado. Intento comprenderme... yo también tengo pecados en la conciencia, amiga mía; pero, he sufrido tanto! He hecho lo posible para sobrellevar con paciencia mis sufrimientos...

—Entonces, quieres que venga un sacerdote, querida mía?

La enferma inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Dios mío! perdóname mis pecados!—murmuró.

La prima salió é hizo una señal al sacerdote.

—Es un ángel,—le dijo al marido con las lágrimas en los ojos.

El marido rompió á llorar. El sacerdote franqueó la puerta, quitóse la estola y se arregló un poco los cabellos.

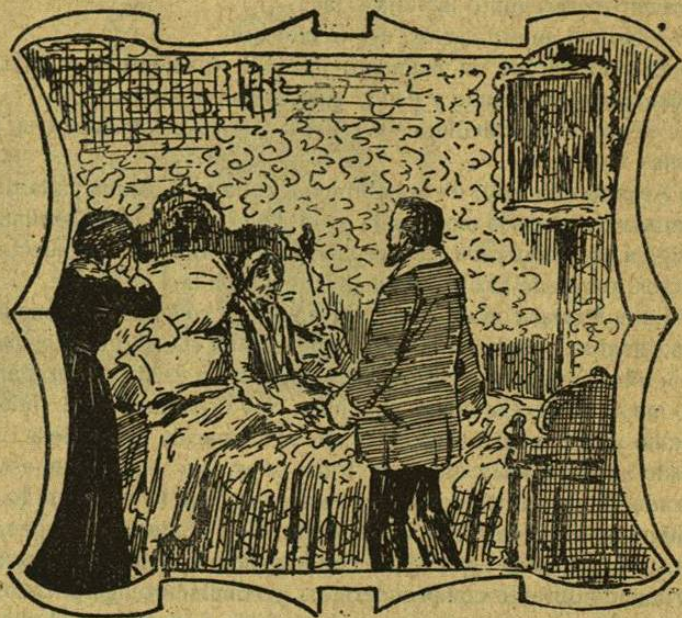
—Gracias á Dios que está más calmada y desea vernos,—dijo.

El marido y la prima entraron también. La enferma lloraba dulcemente contemplando el sagrado icono.

—Te felicito, querida mía,—dijo el marido.

—Gracias. Qué bien me encuentro ahora! Siento un bienestar incomparable!—y una ligera sonrisa brotó en los labios de la enferma.—Qué misericordioso es Dios. No es verdad? Es misericordioso y todopoderoso!—y nuevamente, con una singular piedad y los ojos llenos de lágrimas, contempló el icono.

Pareció acordarse al pronto de alguna cosa y le hizo un signo al marido para que se acercara.



—Tú no quieres hacer nunca lo que te pido...—le dijo con voz débil y llena de descontento.

El marido alargó el cuello y dócilmente escuchóla.

—Qué es lo que quieres, querida?

—Cuántas veces te he dicho que esos doctores no saban nada? Hay remedios simples que curan. Mira... el sacerdote decía... que un hombre del pueblo... envía...

—A quién enviamos á buscar, amiga mía?

—Dios mío! No quiere comprender nada...

La enferma se crispó toda y cerró los ojos.

El doctor se acercó, le tomó la mano y al notar que el pulso era cada vez más débil, hizo una señal al marido.

La enferma se percibió de ello y se volvió espantada.

La prima lloraba y se retorció convulsa.

—No llores, nos atormentas,—dijo la enferma.—Y eso me quita la tranquilidad suprema.

—Eres un ángel!—dijo la prima besándole las manos.

—No, aquí no, en la cara. En la mano no se besa más que á los muertos. Dios mío! Dios mío!

Aquella misma noche, la enferma ya no era más que un cadáver; estaba éste metido en un ataúd y colocado en el salón principal del palacio; en este salón y á puertas cerradas, un diácono entonaba con gangosa voz los Salmos de David. La clara luz de los cirios caía, desde los altos candelabros de plata, sobre la pálida frente de la muerta, sobre sus manos inertes y sobre los petrificados pliegos del sudario que se levantaba lúgubrementesobre las rodillas y los dedos de los pies. El diácono, sin comprender las palabras que decía, las recitaba con voz monótona, ahogándose el sonido de éstas bajo la bóveda del ancho salón. De vez en cuando oíanse, aunque muy confusamente, las voces y las pisadas de los niños.

«Oculta tu faz en el polvo, retén tu aliento, porque ellos serán turbados, ellos desfallecerán y volverán al polvo.

»Pero si Tú rechazas su espíritu, serán creados de nuevo y renovarás la faz de la tierra.

»Que la gloria del Eterno sea por siempre celebrada». (Salmo 103; versículos 29, 30, 31).

La cara de la muerta estaba severa y majestuosa.

Ni en su pura y helada frente ni en sus apretados labios se notaba movimiento alguno.

Parecía escuchar!... Al menos, comprendería ahora estas grandes y profundas palabras?



IV

UN mes después una capilla de piedra se elevaba sobre la tumba de la difunta. Sobre la del postillón aun no había ninguna piedra, y la verde hierba crecía sobre aquel pobre montón de tierra, único indicio de la desaparición de una existencia humana.

—Sería un pecado, Serioja, si no comprases una piedra para Fedor,—dijo un día la cocinera.—Antes decías: En invierno... el invierno ha pasado, por qué no cumples ahora tu palabra? Fué delante de mí, ya ha venido una vez á pedírtela; si no se la compras, vendrá otra vez y te ahogará.

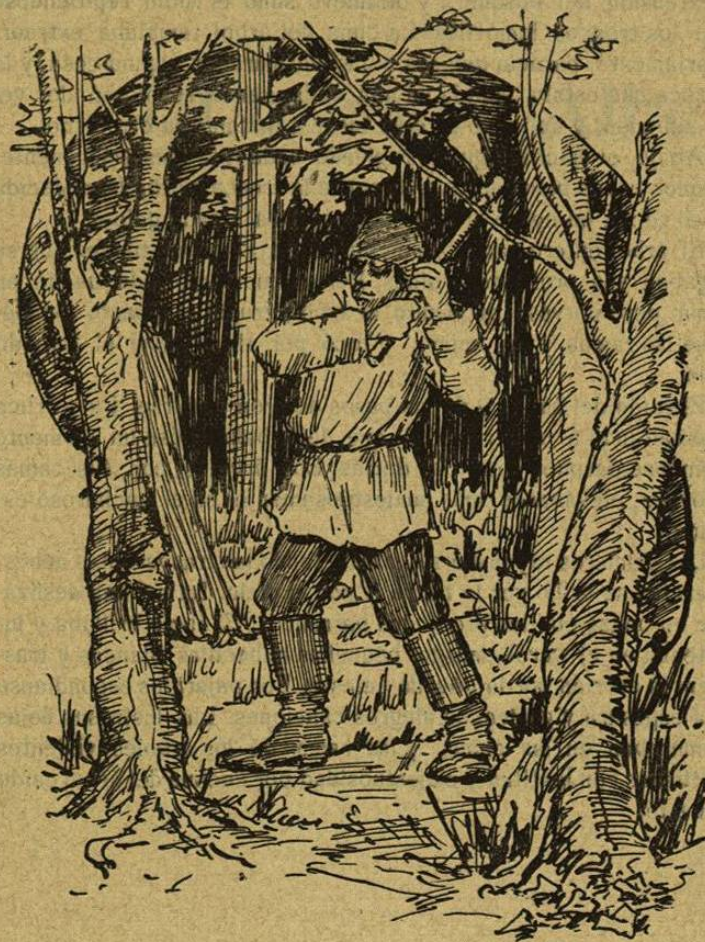
—Pero, si no se la niego!—respondió Serioja.—Yo compraré la piedra, eso es cierto, la compraré por un rublo y medio, no lo he olvidado; pero hay que traerla. Cuando tenga ocasión de ir á la ciudad, la compraré.

—Al menos si pusieras una cruz... eso estaría bien hecho; de lo contrario, no,—dijo un viejo postillón.—En fin, tú llevas sus botas!...

—Pero, dónde voy á hallar una cruz? Porque con un leño no se puede hacer.

—Qué dices? No se podrá hacer con un leño; pero tomas un hacha, te vas por la mañana al bosque y haces una. Cortas un fresno y ya tienes una cruz; de lo contrario, tienes que darle una copa de aguardiente al guarda; y si se fuera á dar un poco de

aguardiente á cada uno de esos canallas, no acabaríamos nunca. Ten, sin ir más lejos, el otro día corté yo uno superior y nadie me ha dicho una palabra.



Al amanecer del siguiente día, Serioja cogió un hacha y se fué al bosque.

Todo estaba cubierto del fresco rocío que aun caía. Aun no había salido el sol; la parte de oriente iba clareándose paulatina-

mente y reflejando su débil claridad en la bóveda del cielo cubierto de ligeras nubes. Ni la más mínima hierba del suelo, ni una sola hoja de la rama más alta se movía. Sólo el rumor de unas alas al rozar el suelo, que se oía de vez en cuando, era lo que rompía el silencio del bosque. De pronto un ruido extraño se oyó en toda la extensión del bosque... y de nuevo sonó el ruido repitiéndose bajo los troncos inmóviles. La cima del árbol temblaba extraordinariamente, parecía que sus hojas murmuraban alguna cosa y la curruca que estaba subida en una de las ramas revoloteó dos veces silbando, y agitando su cola fuese á instalar en otro árbol.

Abajo, el hacha seguía crugiendo cada vez más sordamente. Algunos copos blancos cayeron sobre la fresca hierba humedecida por el rocío; un ligero crugido acompañaba á cada golpe.

El árbol entero vacilaba, inclinándose al mismo tiempo que se rasgaban sus profundas raíces. Por un momento todo quedó en calma, pero curvóse de pronto el árbol, crugió el tronco, rompiéronse las ramas y las hojas... y tocó por fin la cima el húmedo suelo.

El ruido del hacha y de los pasos dejaron de oirse. La curruca silbó saltando á otra rama; la que dejó, balanceóse un momento parándose después como las demás. Los árboles, con sus ramas inmóviles, elevábanse más majestuosamente en el anchuroso espacio.

Los primeros rayos del sol, atravesando las transparentes nubes, esparcían su brillo por la tierra y por el cielo. La neblina deslizábase en ondas por los profundos barrancos. El rocío brillaba y jugueteaba en el verde musgo; pequeñas nubecillas blancas y transparentes corrían por la bóveda celeste. Los pajarillos escondíanse en la espesura y gorjeaban alegres canciones. Las lustrosas hojas murmuraban en las cimas, y las ramas de los árboles vivientes agitábanse con lentitud y majestuosidad por encima del árbol caído y muerto.

El músico Alberto

1857